CAPÍTULO VIII. De las procesiones que salen de la capilla de San Joseph en esta ciudad de Mexico, y de la majestad de esta capilla, y de las que también salen en esta parte de Santiago, que es capítulo de notar



N EL CAPÍTULO PRECEDENTE QUEDA TOCADO (aunque de paso) cómo el convento de San Francisco de Mexico tiene edificada a las espaldas de la iglesia, a la parte del norte, una solemne capilla dedicada a la vocación del glorioso San Joseph, esposo de la sagrada virgen María, madre de Dios y señora nuestra, que tomándolo por especial patrón aquellos

doce apostólicos varones, primeros predicadores de el evangelio en estas partes, para la conversión de los indios, fue ocasión para que después de algunos años, por medio de los religiosos de la misma orden que lo procuraron, fue elegido el mismo santo por patrón, como lo es, de toda esta Nueva España. Y por ser esta capilla la primera, y como seminario de la doctrina de los indios para toda la tierra, y situada en la cabeza de el reino, todas las demas capillas que después se iban edificando en los otros pueblos, las intitulaban los indios al mismo santo, aunque muchas hay dedicadas a nuestra Señora y otros misterios de nuestra redempción. Ésta, de que al presente tratamos de San Joseph de Mexico, es insigne por su capacidad y grandeza y muy curioso edificio, tanto, que por no haber en Mexico otra iglesia ni pieza tan capaz para caber mucha gente se celebraron en ella, con muy notable sumptuosidad, las obseguias de el invictísimo emperador Carlos Quinto y de otros príncipes, y se han tenido autos de fe por la Santa Inquisición; y por la misma razón (demás de haber habido siempre en aquel convento de San Francisco famosísimos predicadores) es el púlpito más cursado de Mexico.

A esta capilla fueron siempre sujetos en lo espiritual de doctrina, predicación y administración de sacramentos, todos los barrios de los indios de esta ciudad que llaman las cuatro cabeceras, con sus sujetos, hasta que de algunos años a esta parte se adjudicó un barrio o cabecera, llamada San Pablo, a los padres de la orden de San Agustín, a título de hacer un colegio en que tienen estudio, y a su cargo los indios de aquel barrio; y algunos años después el virrey, marqués de Villamanrique, dio otra cabecera o barrio de San Sebastián, a los padres de el Carmen, a contemplación de un su confesor que era comisario de ellos; aunque el año pasado de 1607 les vino un mandato expreso de sus superiores, que dejasen la doctrina y administración de los indios que allí tenían, y los adjudicó el virrey don Luis de Velasco segundo, que ahora gobierna a los padres agustinos, los cuales los tienen a cargo, y algunos años después (y no ha muchos) se hizo convento de nuestra orden de San Francisco, en el otro tercero barrio, llamado Santa María la Redonda, y adjudicóse la doctrina de sus indios y naturales con que la dicha capilla se ha quedado con uno solo, que se llama

de San Juan, y de más copia de gente que todas esotras tres cabeceras o barrios juntos; y es donde está la Audiencia y cárcel de los indios, y donde reside de continuo el gobernador de los indios y reconocen todos los otros barrios.

Hay en esta capilla un vicario que aunque es súbdito de el guardián de el convento, es el cura de los indios, con otros dos sacerdotes compañeros que le avudaban. Es la capilla de siete naves y conforme a ellas tiene siete altares, todos al oriente, el mayor en medio y tres à cada lado. El uno de estos altares es de el bienaventurado San Diego, tan frecuentado (a lo que creo) de gente como su santo cuerpo en Alcalá, porque ha obrado allí Dios por él algunos milagros y entre ellos ha resucitado un muerto. Tiene muchos y muy ricos ornamentos de brocado y otras telas, cálices y otros vasos y cruz riquísima de plata, con su manga. Tiene muy buenas capillas de cantores y ministriles muy expertos y campanas grandes y de repique como en la iglesia mayor. Esto, por particular privilegio, habido de el emperador y rey don Felipe Segundo, nuestros señores, por haber sido Mexico cabeza de imperio, y tener los indios mexicanos aquella capilla por su iglesia parroquial, en donde acuden a todas las necesidades de sus ánimas; y así se celebran en ella los oficios divinos y las festividades, como en una iglesia catedral.

En el capítulo pasado se me quedó por decir, acerca de la ceremonia de el mandato y lavatorio de pies que se hace a los pobres, cómo ya que en este Tlatelulco hace el gasto una sola persona por su devoción; en todos los demás pueblos hacen este mismo gasto los principales y ellos mismos van vistiendo a los pobres que los religiosos han lavado y luego les administran la comida con mucha devoción y abundancia. Y los pobres, aquel día, son tantos que en algunas partes se juntan ciento y doscientos y muchos más; es cosa de ver la abundancia de comida que las indias, según su devoción, tienen tendida, de cosas guisadas en sus cazuelas o vasos, que ellos usan, y pan y frutas, que los pobres quedan bien hartos aquel día y aun con algún posible para adelante; porque después de haber comido, se van a sentar haciendo dos hileras, desde la puerta de el patio hacia la puerta de la iglesia (que es todo el pueblo sin quedar ninguno chico ni grande), han de pasar entre ellos y ninguno deja de darles limosna y los más la dan a todos particularmente las mujeres, como más devotas, que cada una trae una aldada de mazorcas de maíz y va dando a cada uno una y, acabada la una hilera, luego vuelve por la otra. Otras traen (y los hombres también) un buen golpe de cacao que les sirve de moneda menuda, que es como almendras, como decimos en otra parte.1 También muchos de los españoles van dando a cada pobre de estas almendras, a cada uno la suva o más. según su devoción, como quien en España da tantas, o tantas blancas. Esto que he contado pasa en todos los pueblos de indios, grandes y chicos, donde quiera que residen religiosos, que en los demás no sé lo que hay, aunque presumo que será lo mismo.

¹ Supra tomo I. lib. 3. cap. 37.

Y porque me he detenido en este discurso abreviaré lo tocante a las procesiones que salen de la capilla de San Joseph, contando como salieron en este presente año de 1609. El Jueves Santo salió la procesión con más de veinte mil indios en todos, y más de tres mil penitentes, porque se juntan allí todos los de las cuatro cabeceras, y de allí salen azotándose con 219 insignias de cristos y otras de su pasión, aunque de éstas pocas, porque todos son crucifijos. El viernes salieron en la soledad más de siete mil disciplinantes por cuenta, con insignias de la Soledad. La mañana de la resurrección salió la procesión de San Joseph, con doscientas y treinta andas de imágenes de nuestro Señor y de nuestra Señora, y de otros santos, todas doradas y muy vistosas. Iban en ella gran parte de los cofrades de ambas cofradías dichas, y las andas de todas cuatro cabeceras, por particular mandamiento de el rey, y de los que en su nombre mandan, reconociendo esta capilla siempre por madre y primera. Y aunque ha habido y hay casi cada año encuentros en orden de esto, no prevalecen los contrarios. Van todos con mucho orden y concierto y con velas de cera en sus manos y otro innumerable gentío, que también la acompaña con velas encendidas. Van ordenados por sus barrios, según la superioridad o o inferioridad que unos a otros se reconocen, conforme a sus antiguas costumbres. La cera toda es blanca como un armiño; y como ellos y ellas van también vestidos de blanco y muy limpios, y es al amanecer, o poco antes, es una de las vistosas y solemnes procesiones de la cristiandad; y así decía el virrey don Martín Enríquez, que era una de las cosas más de ver que en su vida había visto; y todos los que la ven dicen lo mismo. Llevan tantas flores y rosas las andas y los cofrades en las manos y cabezas, hechas guirnaldas, que por este solo acto se pudo llamar ésta Pascua de flores. Va por una calle a la iglesia mayor, donde la reciben con repique de campanas, y ministros y cruz, y vuelve por otra a la capilla, donde luego se canta la misa con todo aquel acompañamiento de gente. Hacen otras muchas procesiones solemnes, entre año, especialmente hacían dos con el mismo aparato de todas las andas; la una el día de la Asumpción de nuestra Señora, a la iglesia que dijimos llamarse Santa María la Redonda, barrio principal de los mexicanos; y la otra el día de San Juan Bautista, a su iglesia de San Juan de la Penitencia, donde hay convento de monjas de Santa Clara, y es el barrio mayor de Mexico; y ésta se ha continuado con mucha solemnidad, y hácela mayor hacer el convento la fiesta de el Corpus, donde concurren el virrey y ciudad, y es cosa grandiosa el ruido y tropel de aquel día. La que venía a Santa María cesó desde que entraron ministros en aquella casa y fundaron convento, porque ellos hacen su celebración sin correspondencia de otros.

Por esta misma forma hacen sus procesiones en todos los pueblos grandes de esta Nueva España, y en este de Tlatelulco van en la procesión de la Vera Cruz de el Jueves Santo otros tantos crucifijos, como decimos de la capilla, y pienso que algunos más (si no me erré en el número el año pasado de 1608) y en la de la resurrección más andas que las de Mexico, y con muchísima cera y acompañamiento. Y no se tenga por fábula que el que

viere la procesión de el Corpus, que es donde concurren todas las andas de Mexico y Tlatelulco, verá que son tantas las unas como las otras y éstas no sé si con algún exceso más. En otros pueblos, ya que no va tanta, va poco menos gente y aparato de andas y cristos en la de la Vera Cruz, como es en Xuchimilco y Tetzcuco y otros semejantes y más gente irá en la de Tlaxcalla; a lo menos en un tiempo solían ir quince y veinte mil disciplinantes.

CAPÍTULO IX. De una fiesta de Corpus que se celebró en la ciudad de Tlaxcalla, luego a los principios de su conversión, que es mucho de notar



orque vamos dando noticia en este libro de cosas particulares y ocupaciones que estas gentes nuevas han tenido y en las que se han ejercitado y ejercitan en los años que ha que se convirtieron, quiero entre las fiestas y procesiones referidas en los capítulos pasados decir una, que en la ciudad de Tlaxcalla se celebró día de el Corpus, no porque

nuestros españoles y otras naciones de el cristianismo no la celebran con mucha devoción y particularidades de regocijos, sino porque se entienda la que estos nuevos en la fe tenían en aquellos tiempos; y cuan de gana abrazaron el cristianismo, pues en sus fiestas hacían las obras maravillosas que podían, la cual fiesta y procesión dejó anotada el padre fray Toribio Motolinía en un memorial que dejó escrito de mano, y fue uno de los doce primeros que vinieron a esta conversión, y a la sazón que la dicha fiesta se hizo, era guardián de el convento de aquella ciudad y, sin quitar ni poner letra, dice así:

Llegado el día de Corpus Christi, de el año de 1536, hicieron aquí los tlaxcaltecas una tan solemne fiesta que me pareció que no se debía pasar en silencio y creo que si en ella se hallaran el sumo pontífice y el emperador, y ambos con sus cortes, holgaran mucho de verla; aunque no había muchas joyas ni brocados había otros atavíos tan de ver, en especial de flores y rosas, que Dios viste y cría en los árboles y en el campo, que ni Salomón (como dice Cristo)¹ en toda su gloria y majestad vestía tan galanamente, como una de estas rosas y flores; cierto, bien había que maravillar y admirarse de una gente como ésta, tan desmedrada y desechada de los hombres, hacer tal cosa. Iban en la procesión el Santísimo Sacramento y muchas cruces y andas. Las mangas de las cruces y los atavíos de las andas eran de oro y pluma, y en ellas muchas imágenes bien labradas, de esta misma obra de oro y pluma, que en España se preciaran más que brocado. Había muchas banderas y doce hombres vestidos con las insignias de los apóstoles y de otros santos, y muchos de los que acompañaban la proce-

¹ Math. 6.